

Filosofar en nuestra época. Una invitación para pensar la situación espiritual de nuestra época*

[Artículos]

Raúl Fornet-Betancourt**

Fecha de entrega: 30 abril de 2021

Fecha de evaluación: 15 de mayo de 2021

Fecha de aprobación: 31 de mayo de 2021

Citar como:

Fornet-Betancourt, R. (2021). Filosofar en nuestra época. Una invitación para pensar la situación espiritual de nuestra época. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 42(125). <https://doi.org/10.15332/25005375.6744>



Resumen

Considerando, por una parte, que la humanidad hoy pasa por una situación que, sin menoscabo de su penuria material, la agobia espiritualmente y, por otra, que la filosofía por la memoria de sabiduría que la distingue tiene una especial responsabilidad de ayudar en la búsqueda de respuestas a dicha situación de agobio espiritual, el presente artículo aboga por una filosofía que asuma el desafío de pensar

* El texto es la versión revisada de la "Lectio Inauguralis" impartida virtualmente el 25 de marzo del 2021 en la Facultad de Filosofía de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, Colombia. Mi más sincero agradecimiento a su decano Fray Adrián García Peñaranda, O.P., por la honrosa invitación.

** Doctor en Filosofía por las universidades de Aachen-Alemania y de Salamanca-España. Es además catedrático honorario en la Universidad de Aachen, así como profesor honorario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima. Actualmente es Director del Instituto ISIS, de Eichstätt, y de la Escuela Internacional de Filosofía Intercultural (www.eifi.one). Correo electrónico: raul.fornet-betancourt@online.de; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5489-3199>

desde el contradictorio tiempo que vivimos, intentando abrir horizontes de esperanza que animen al mejoramiento del mundo y de las personas.

Palabras clave: filosofía, desafío antropológico, espiritualidad, esperanza, sociedad.

Philosophizing in Our time. An Invite to Think About the Spiritual Situation of Our Time

Abstract

Considering, on the one hand, that humanity is going through a spiritually overwhelming situation, without detriment to its material hardship, and, on the other hand, that philosophy, by the wisdom that distinguishes it, has the special responsibility to help in the search for answers, this article advocates a philosophy that assumes the challenge of thinking from the contradictory times we live in, trying to open horizons of hope that encourage the improvement of the world and its people.

Keywords: philosophy, anthropological challenge, spirituality, hope, society.

Sobre el contexto que motiva esta reflexión

Quien siga las noticias de la actualidad europea y mundial en general notará sin duda que, desde hace meses, es decir, desde que sufrimos la pandemia de la COVID-19, se negocian y aprueban “paquetes históricos” de ayuda económica para socorrer los más diferentes sectores productivos y de servicios de la sociedad. Y es bueno que esto ocurra, pues es, sin duda, una buena noticia para mucha gente, ya que la crisis económica causada por la actual pandemia pone en serio peligro la base de supervivencia material de millones y millones de personas en todo el mundo.

Hay que reconocer además que, en este nivel de la crisis económica, la pandemia de la COVID-19 evidencia muchas carencias estructurales del sistema político hegemónico actual y que es, así, indicadora de la necesidad de cambios sociales radicales.

Pero la pandemia de la COVID-19 no solamente pone en peligro la economía o destapa la necesidad de cambios estructurales de fondo en nuestro modelo de civilización, sino que golpea igualmente la vida personal y las formas de convivencia del hombre de hoy; y lo hace con golpes tan fuertes como aquellos “golpes en la vida” de los que se quejaba el poeta peruano César Vallejo (Vallejo, 1961, p. 9), porque llegan hasta el fondo del alma humana y ensombrecen el espíritu o las razones de vida que sostienen en el ser humano las “ganas” de vivir.

De esta otra cara de la pandemia también se habla en los medios de comunicación, pero no tanto. Y se tiene asimismo la impresión de que tampoco se percibe con tanta claridad que, al igual que la crisis económica, esta crisis en la sustancia de nuestra humanidad requiere también, siguiendo el lenguaje de los gestores económicos de la pandemia, “paquetes históricos” de ayuda espiritual a nuestros contemporáneos. Pienso, pues, dicho ahora en mi lenguaje, que esta crisis antropológica reclama alianzas espirituales entre las fuerzas morales, sean seculares o religiosas, que en nuestro tiempo se sienten todavía con reservas de humanidad para proponer y abrir caminos de reposo y reparación en un tiempo que agobia al hombre, aturdiendo su conciencia y sentidos.

Esta observación contextual es la que ha motivado las reflexiones que comparto en este artículo, lo que quiere decir que se hacen desde la intención de subrayar la responsabilidad de la filosofía frente a la situación espiritual de nuestra época, aclarando además que hablo de “situación espiritual”, no por oposición a la situación material antes aludida, sino

porque me interesa resaltar el momento de la *conciencia* con que estamos, vivimos y nos proyectamos como humanos en nuestro tiempo.

Breve aclaración de la tarea: filosofar en nuestra época

Con “filosofar en nuestra época” quiero expresar un doble movimiento reflexivo. Por una parte, se indica con ello que se trata de pensar en, con y desde lo que ocurre en nuestro tiempo. Pero por otra parte se propone que se trata igualmente de pensar contra la época o, dicho con mayor exactitud, contra las dinámicas despersonalizantes y destructivas que desata en tanto que época perfilada en su curso central por una civilización mecanicista que, a pesar del antropocentrismo que curiosamente todavía se le reprocha, hace mucho que destronó al ser humano de su centro de acción, para diluirlo como un “material” más en su “reino de los objetos”. Luego volveré sobre la cuestión de por qué la filosofía puede y debe pensar contra su tiempo.

Prosigo, pues, esta aclaración de la tarea haciendo notar que con esta comprensión del papel de la filosofía matizo, en concreto, la visión de Hegel que propone practicar la filosofía como un esfuerzo titánico por elevar la realidad, el mundo que hay en un determinado tiempo, a la altura del concepto (Hegel, 1955). Creo que la filosofía no debe contentarse con eso, y que debe intentar con igual ardor elevar la realidad histórica a la altura de las esperanzas y los anhelos del corazón humano, esto es, esforzarse por hacer crecer lo real como hogar que acoge las esperanzas humanas.

Sin duda, la filosofía tiene un compromiso analítico conceptual. Pero este no debe ser pretexto para descuidar el compromiso emocional, afectivo, crítico, ético, profético, o como se le quiera llamar, que tiene con los seres humanos en cada época y lugar cuando acude a la cita con la historia, pues

esa historia podrá elevar a lo universal, pero será siempre historia de seres frágiles y contingentes.

No niego, por tanto, que la filosofía, para usar ahora una expresión conocida de Martin Heidegger, pueda y deba ser la “administradora de la *ratio*” (Heidegger, 1960, p. 12). Pero sí afirmo que, si es cierto que la filosofía puede cumplir esa noble función, digamos, de “gobernanta” de la razón, ello se debe a que la filosofía custodia palabras fundadoras de humana realidad, que es guardiana de palabras grávidas de sentido y de vida, como son justo las palabras *amor, verdad, bondad, belleza o justicia*. Estas palabras, por su peso específico de sentido, constelan centros de gravedad para el equilibrio de la vida y la convivencia humanas, y son también las que abren el horizonte en el que la *ratio* filosófica encuentra las razones para justificarse como razón.

Pero termino esta aclaración del tema señalando un aspecto que, a primera vista, puede parecer algo redundante: “filosofar en nuestra época” quiere decir filosofar en el *mundo* de nuestra época, sea ese mundo uno o muchos. Las épocas “hacen época” precisamente por los mundos que, en su tiempo, forman o configuran las fuerzas que en ella operan. En este sentido, “nuestra época” no es solamente un horizonte de tiempo *disponible*, sino también un plano de tiempo *ya dispuesto*; quiero decir, el espacio en el que se ha dado y da configuración concreta a mundos de vida, cuyo sentido nos corresponde aclarar y, dado el caso, rectificar¹.

Precisando la tarea de “filosofar en nuestra época”

De acuerdo con la línea reflexiva que he intentado esbozar en la breve aclaración anterior, quiero precisar ahora la tarea de un “filosofar en

¹ Me permito indicar que, sobre esta cuestión de la relación entre tiempo, configuración de mundo y su sentido, mucho se puede aprender de la fenomenología de Husserl o Heidegger, pero también de las reflexiones de Hegel sobre apariencia y ser en su Ciencia de la Lógica.

nuestra época” con base en la presentación de lo que entiendo que debería ser su hilo conductor general, a saber, el planteamiento de preguntas que inquietan por el sentido o calidad humana de las configuraciones de mundo en que se concretiza, y muy especialmente por el sentido y calidad de aquella configuración que se nos presenta como el “mundo global” que parece darle su perfil específico como “nuestra época”. Atendiendo aquí a esto último, me permito ejemplificar esta tarea nombrando tres de esas preguntas que deberían ser parte central del filosofar hoy:

1. ¿Dispone nuestra época el mundo como la dimensión de relaciones orgánicas que abren al hombre a experiencias de convivencia en equilibrio o lo dispone, por el contrario, como un espacio cuantificable, administrado, vigilado, en creciente proceso de digitalización², donde lo decisivo es el saber manejar y aplicar los programas que disponen “realidad”?
2. ¿Dispone nuestra época el mundo de nuestro tiempo como un mundo de apariencias que prometen sustituir la humana necesidad de luz, quiero decir, la necesidad de alumbrar lo que somos y hacemos, por un acomodado y cómodo dejarse “deslumbrar” por la masa de imágenes y de información? Y si tal fuese la tendencia en la configuración de mundo que lleva el cuño de la civilización hoy hegemónica, habría que preguntar todavía lo siguiente:
3. ¿Quién es, en realidad, el dueño del tiempo en ese mundo que se nos presenta, a nivel global, como el mundo de “nuestro tiempo”? ¿Qué fuerzas tienen el poder para trazar el cauce central que deberá seguir el curso del tiempo en ese “nuestro tiempo”? Esta pregunta también se puede plantear en estos términos: ¿No revelará el cauce principal del curso del tiempo en nuestra época que se trata de un tiempo

² Véase sobre esta tendencia el ilustrador y reciente ensayo de Peter Schmitt (2021).

preestructurado según los intereses y fines de los que se han erigido en señores de la tierra?

Pero ante estas preguntas que he planteado como ejemplos de la tarea del filosofar en nuestra época bien se podría preguntar a su vez cómo es que la filosofía es capaz de poner sobre el tapete tales cuestiones, siendo así que ella misma es hija de su tiempo.

Ante esta observación, que me da pie para volver sobre la cuestión que quedó abierta sobre cómo puede la filosofía pensar contra su época, respondería recordando lo que dije sobre la filosofía como guardiana de palabras fundadoras de sentido, pues son esas palabras las que, en última instancia, confieren al “oficio” o “ministerio” de la filosofía tal capacidad; es más, la autoridad, para —dicho llanamente— entrometerse en el juicio sobre el sentido del curso del mundo.

Cierto, la filosofía es hija de su tiempo; pero es una hija díscola, traviesa, porque lleva también en su sangre la herencia de tiempos más lejanos que los de su correspondiente actualidad. Dicho en otras palabras: la filosofía está en su tiempo, pero con tradición; de modo que, parafraseando la conocida sentencia de “noblesse oblige”, podríamos decir que es la nobleza de su tradición de sabiduría la que la obliga a ser responsable en todo tiempo y lugar.

Por esto creo que debe estar claro que, cumpliendo su ministerio en esa línea de cuestionamiento crítico de su correspondiente contemporaneidad, la filosofía aparece como una fuerza espiritual que molesta. Sus preguntas inquietan, por ejemplo, porque son como llamadas al cuestionamiento de la rutina sistémica con que se repite lo que ocurre en el tiempo preestructurado de nuestro mundo social, en vistas de averiguar, por poner este caso, si la rutina que da estabilidad a nuestro tiempo no podría representar, en verdad, la “camisa de fuerza” con la que el modelo de

civilización hegemónica pretende contener o reprimir lo imprevisible que siempre puede aflorar en el tiempo con sus brotes de sorpresas kairológicas, o sea, si esa rutina no es un instrumento para depotenciar la densidad del tiempo de una época.

Pero estas cuestiones filosóficas, por poner otro caso, inquietan también a un nivel más personal, porque son interpelaciones directas a la conciencia de cada una y cada uno como persona, es decir, porque incomodan el acomodo o la instalación individual en la rutina del tiempo social de la actual civilización. Inquietan, en pocas palabras, la relación que cada una y cada uno de nosotros mantiene con la común contemporaneidad que genera el mundo global.

En la línea de estas preguntas, menciono todavía otro aspecto que ayuda a precisar la tarea que se propone con este “filosofar en nuestra época”. Y es que, inquietando los acomodos del hombre contemporáneo en el mundo y espíritu de la civilización actual, la filosofía le pide, le requiere su atención a lo que está sucediendo en su vida y mundo; que esté atento a lo que cambia en la conciencia de su vida y forma de convivir con los cambios a los que lo empujan los procesos de transformación e innovación que marcan el curso dominante del tiempo en nuestra época.

Como ejemplo para ilustrar este aspecto en el movimiento reflexivo de la filosofía como esfuerzo por pensar nuestra época, expondré un caso concreto de los procesos aludidos. Lo escojo, entre otros tantos que podrían servir de ejemplo, porque me luce paradigmático para la comprensión del cambio que se anuncia en la situación espiritual de la época.

Me refiero al cambio en la comprensión y vivencia de la individualidad humana que se está produciendo en el marco del proceso de difusión de las prácticas de vida a que induce el llamado nuevo capitalismo cultural. Este

cambio en marcha, que se puede resumir como una redefinición del individualismo tradicional, se promueve sin embargo de manera un tanto camuflada y con astuta doblez. Lo explico brevemente:

Si miramos con atención, creo que notaremos que se trata de un proceso que, por una parte, incita al hombre actual a que considere su particular individualidad como el bien que debe cultivar con suprema independencia y absoluto cuidado. Se propaga así una suerte de nuevo imperativo categórico que prescribe como máxima de conducta: ¡Mima tu diferencia y su singularidad!

Y, sin embargo, notaremos que, por otra parte, aparece como un proceso que al mismo tiempo quiere convencer a la gente de que el camino para cumplir con el nuevo imperativo categórico de mimar la particular individualidad no lleva a una dimensión de vida interior, como proponían todavía Jean-Paul Sartre (1965) con el “deber doloroso de ser sujeto” (p. 214) o Michel Foucault (1984a; 1984b) con su ética del “souci de soi”, por ejemplo, sino que ese camino conduce hacia el mundo de los objetos, es decir, a los espacios y redes comerciales donde se ofrecen los productos “hechos a la medida y gusto de cada quien” y que prometen, por tanto, el logro del deseado perfil individual.

Y se observará la astucia —no, por cierto, la astucia de la razón que Hegel astutamente hacía intervenir en el curso de la historia humana (Hegel, 1970, p. 49), sino la del mercado del capitalismo cultural— que subyace a estas estrategias, a saber, sugestionar que los productos no son cualquier producto, cualquier objeto anónimo, sino justamente el producto inteligente que sabe antes que su consumidor que este lo necesita para obtener el perfil que desea (Reckwitz, 2018).

De este modo, al tiempo que sugiere que se cuenta en cierta forma con la tradicional conciencia de interioridad del hombre, en realidad ahoga acto

seguido esa conciencia en un mar de objetos. Por ese camuflaje o astuta doblez, pienso que este cambio a veces no resulta tan fácil de notar como otros que ocurren en ámbitos estructurales del orden social. Pero he ahí precisamente la relevancia de la filosofía en tales situaciones, pues puede ayudar al hombre actual a tomar conciencia explícita de que ese cambio lo cambia en lo más íntimo de su ser, una toma de conciencia que considero de fundamental importancia para comprender hacia dónde nos lleva el “espíritu” de esta época, en cuanto que esa conciencia permitiría al hombre y a la mujer de hoy ver sus biografías como el espejo que les muestra cómo están cambiando las condiciones y los puntos cardinales de orientación en la búsqueda de sentido. Con esta toma de conciencia el hombre y la mujer actual notarían además que, aunque a veces se mantengan las palabras, como en este caso se mantiene la palabra *individualidad*, se cambia sin embargo lo que con ellas se trataba de expresar en la memoria de nuestra humanidad.

Por eso dije antes que este cambio se podría resumir como una redefinición del individualismo, pues en él la individualidad perdería la compleja resonancia que la caracterizaba. Aunque, si se permite el recurso a una categoría de la teología cristiana, acaso sea mejor denominar este cambio como una “transubstanciación” del individualismo, pues apunta a un cambio de la experiencia misma de individualidad en el hombre.

Y como también dije, este proceso es altamente significativo para calibrar la situación espiritual del tiempo que vivimos. Es más, él mismo es de por sí ya un elemento indicador del estado espiritual al que se quiere llevar al hombre contemporáneo, al menos según el proyecto civilizatorio hegemónico actual.

Tengamos en cuenta que todo cambio que experimente el hombre en su sustancia o memoria de humanidad, todo cambio en su manera de

comprender lo humano y relacionarse con su humanidad, tanto en sí mismo y como en el otro, se traduce también en un cambio en las condiciones de vivenciar lo espiritual como dimensión de la vida.

Así la configuración del individualismo en la dirección de un conglomerado de individualidades que, sin memoria ya del flujo convivencial al que deben su singularidad, se proyectan, valga la metáfora, como parcelas de estricto uso privado y reservadas al *monocultivo* de su propia imagen. Una tal reconfiguración del individualismo —repito— marcaría la atmósfera espiritual de nuestra época con un acento inconfundible de fragmentación y dispersión, por cuanto que en su horizonte aparecería lo espiritual como un espacio de opción y selección. Esto, a su vez, significa que en la atmósfera espiritual de nuestro tiempo resuena igualmente el eco del movimiento de singularización de individualidades que cancelan la autoridad de lazos preestablecidos de unión y comunión con lo otro —sea eso “otro” el prójimo, la sociedad en general, la naturaleza o Dios—, para construir las vinculaciones sociales, políticas, culturales o religiosas a partir de las preferencias particulares³. Pareciera que se culmina así, apuntémoslo de pasada, el proceso de pérdida del sentido de pertenencia comunitaria y de integración en un orden que no está a disposición del individuo.

De cara a subrayar la importancia que tiene la difusión de este individualismo de nuevo cuño para la comprensión de la situación espiritual de la época en el mundo global, señalo, por último, que este proceso es posiblemente el indicador más claro de la mutación antropológica que se dibuja en el ocaso de nuestra época, pues solo individuos de este nuevo tipo pueden “querer” imaginarse su futuro como

³ Conocidos y numerosos son los estudios sociológicos, filosóficos y teológicos que desde hace ya décadas analizan este proceso de fragmentación y construcción de identidades “al gusto”.

figuras mixtas que se recrean en laboratorios de transhumanismo o poshumanismo.

Más se recordará que en el primer punto de este trabajo afirmé que la crisis de humanidad con que nos desafía la situación espiritual de nuestra época requiere una alianza de las fuerzas morales vivas en nuestro tiempo. Vuelvo ahora sobre esta afirmación porque supone, obviamente, que la situación espiritual de nuestro tiempo, tal como la veo, tiene acentos distintos al acento hegemónico que he destacado en razón justo del alcance global de su desafío.

Subrayemos ahora, pues, lo obvio: la realidad de nuestra época es mayor que la realidad que construye nuestra civilización hegemónica con su dominio sobre el cauce principal del curso del tiempo. La civilización hegemónica no da, pues, la medida de lo que hay en nuestra época, como tampoco da la medida de su situación espiritual.

Digo que esto es obvio porque la pretensión de totalidad del orden hegemónico se ve diariamente contrastada por los mundos que generan, por ejemplo, pueblos indígenas, movimientos sociales, prácticas religiosas o iniciativas intelectuales con su persistente resistencia en los más diferentes lugares del mundo.

Pero no me detengo en este hecho manifiesto. Baste aquí, para la intención de este trabajo, con retener que hace patente que la situación espiritual de nuestra época, a pesar del impacto totalizante del momento que he destacado, *no es consistente*, que en ella resuenan muchos otros acentos y que en ella, en consecuencia, la suerte de la humanidad no está echada todavía. En ella estamos, pues, en un litigio de acentos espirituales.

Esta constatación, evidentemente, lleva una clara exigencia de definición para la tarea de un “filosofar en nuestra época”. Lo explico brevemente en el siguiente punto cuarto y último de este artículo.

Definiendo la tarea de un “filosofar en nuestra época”

Acabo de decir que, debido a su controvertida composición, la situación espiritual de nuestro tiempo confronta a la filosofía con la exigencia de definirse, de pronunciarse, de tomar partido en la partida del mundo.

Y de acuerdo con lo expuse sobre el sentido del “ministerio” de la filosofía, opino que la filosofía hoy, como en todo tiempo y lugar, debe responder a esa exigencia de nuestro tiempo con el esfuerzo por hacer hablar en él las palabras fundadoras de sentido y vida que custodia.

Se entiende que con “esfuerzo por hacer hablar” no me refiero simplemente a un (tan de moda hoy) *visibilizar* el espíritu del amor, de la verdad o de la justicia como una opción más entre otras. Me refiero más bien al esfuerzo por *hacer presente* el espíritu de esas palabras en el litigio espiritual del mundo como una *frontera de humanidad*, en la que el hombre *da la frente* y frena el absurdo que amenaza con invadir su vida.

Con esta inequívoca toma de posición en el litigio espiritual de nuestra época, la filosofía se muestra como una fuerza espiritual que documenta que la humanidad tiene reservas aún para reaccionar y reorientar el curso de la historia humana. Con ello, la filosofía —esto es, su práctica en nuestra época— sería a su vez como una convocatoria clara y decidida a la constitución de las alianzas espirituales que, como decía al principio, se necesitan hoy para mejor poder responder al desafío antropológico de nuestra época.

Referencias

Foucault, M. (1984a). *Le souci de soi*. París: Éditions Gallimard.

Foucault, M. (1984b). La étique du souci de soi come pratique de liberté. Entrevista con Raúl Fornet-Betancourt, Helmut Becker y Alfredo Gómez-Muller. *Concordia. Revista Internacional de Filosofía*. (6), 99-116.

- Hegel, G. W. F. (1955). *Filosofía del derecho*. Buenos Aires: Editorial Claridad.
- Hegel, G. W. F. (1970). *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte, en Werke in zwanzig Bänden*. Tomo 12. Frankfurt/M: Suhrkamp Verlag.
- Heidegger, M. (1960). *¿Qué es eso de filosofía?* Editorial Sur.
- Reckwitz, A. (2018). *Die Gesellschaft der Singularitäten*. Suhrkamp Verlag.
- Sartre, J. P. (1965). *El hombre y las cosas*. Losada.
- Schmitt, P. (2021). *Postdigital. Medienkritik im 21. Jahrhundert*. Hamburg: Felix Meiner Verlag.
- Vallejo, C. (1961). *Los heraldos negros*. Editorial Losada.